

DISCURSO DUODÉCIMO.

LA MATERNIDAD CRISTIANA CONSIDERADA COMO FUENTE DEL PROGRESO
EN LAS SOCIEDADES.

Eminentísimo Señor: La misión providencial y la prerogativa especial del padre en la familia, es la autoridad, y como consecuencia de ella el ejercicio del poder. La dignidad, el cargo y la responsabilidad de la autoridad paternal, exigen que ejerza el poder, tal como se lo predestinó la Providencia, es decir, revestido con el derecho de instruir, gobernar y castigar. Este poder es tan firme y eficaz para la conservación de las sociedades, que algunos pueblos grandes le han debido, á pesar de los vicios de que adolecían y según la promesa de la Escritura, el milagro de su longevidad social.

El poder paternal, que es tan necesario para el progreso de la familia y de la sociedad, halla un antagonismo profundo en cada una de las tendencias é inclinaciones de las sociedades modernas; le son hostiles las ideas, las legislaciones y las costumbres; y la disminución de la autoridad y del poder paternal nos conducen á pasos precipitados al divorcio, no solo entre

los esposos, sino tambien entre los hermanos. El cristianismo, que sanciona toda autoridad legítima, consagra el poder paternal con una unción y una majestad verdaderamente santas; da al nombre de padre una gloria sin igual, y cubre á la paternidad con una grandeza sacerdotal y verdaderamente real.

Tal es el poder de la paternidad. No nos hemos ocupado del mal uso que puede hacerse de este poder; se ha tratado únicamente de la cosa y no de los abusos que son siempre posibles. Permitidme, sin embargo, que os diga, antes de tocar el punto principal de nuestro discurso, que la soberanía paternal puede abusar de sí misma de dos modos: por la exageración del rigor y por la falta de dignidad; puede abusar del poder con respecto á la madre, convirtiéndose en déspota, y abdicar del mismo, con respecto á los hijos, declarándose débil.

Al hablar de las facultades que el padre de familia ha recibido de Dios para el gobierno de la sociedad doméstica, de ninguna manera nos proponemos autorizarle para que lleve su autoridad hasta el despotismo, y se convierta, con respecto á la mujer, en tirano. Es necesario caminar con mucho cuidado, pues el corazón del hombre es de tal naturaleza, que fácilmente se deja arrastrar por el sentimiento de su autoridad hasta la autocracia; y el poder, cuando no está acompañado del amor, puede convertirse en despotismo. Pero en el amor hallais el contrapeso del poder; haced lo que os manda S. Pablo: "Ya que vuestras mujeres, dice, os están sometidas como la Iglesia á Jesucristo, amadas como Jesucristo ama á la Iglesia; defendidas así por vuestro amor contra el abuso de vuestra fuer-

za, jamas sentirán en el ejercicio del poder el peso de la tiranía.”

Si bien es cierto que el poder del padre puede abusar de sí mismo y llegar hasta la tiranía, tambien lo es que puede caer en otro abuso mas fatal para la familia, con la falta de energía para gobernar. Jamas ha salvado un monarca á una nacion con la renuncia voluntaria del poder; y el abandono de un padre pierde siempre á la familia. Es preciso convenir en que el mal que pesa en la familia en nuestro tiempo, nace mas bien del abandono del padre en ejercer su autoridad, que en el abuso de su poder: por cada padre que peca por exceso de fuerza, encontraremos diez que adolecen de debilidad; y no es raro hallar esos dos extremos reunidos en algunos padres de familia, que prevarican dos veces, siendo ásperos y duros con la madre, y condescendientes y débiles con los hijos, presentando en la sociedad doméstica el doble espectáculo que ofrecen algunas veces los monarcas en la sociedad pública, que son á un tiempo mismo déspotas é impotentes.

Pero bastante nos hemos ocupado ya de la paternidad en la familia, y tiempo es ya de que hablemos del ministerio de la maternidad. En el plan divino que ha trazado el órden y la constitucion de la familia, así como el padre es la personificacion natural del poder, la madre es la personificacion natural del amor. Si aparentemente la obediencia humilla á la mujer, su cariño la ensalza y le da en la familia un ascendiente y un imperio moral, que nada le deja que envidiar al poder y á la autoridad del padre. Podrá una mujer sentirse humillada por su sumision, mas la eleva

su mision amorosa, que es la que constituye su propia dignidad y su grandeza original: la mujer ama, y ama siempre. Conforme al plan de nuestro discurso anterior, buscaremos la razon de este ministerio sublime en la naturaleza de las cosas, y demostraremos lo que hace el cristianismo para elevar á la madre á la altura de su mision providencial. Si tiene este asunto un lado austero, que no podemos en conciencia dejar de tratar, tiene otro del cual nos complaceremos en hablar. Cuando se ha amado á una madre, cuando ha sentido uno sobre su corazon el contacto de su ternura, halaga hablar del ministerio de la maternidad; si no consiguiera enterneceros al hablar de nuestras madres, sentiria más que nunca mi insuficiencia para hablar desde esta cátedra. Mas espero que Dios me prestará su divino auxilio para desempeñar el asunto que debo tratar; procuraré salvar á la familia, ensalzando en las almas el ideal de la maternidad cristiana y colocando de nuevo sobre su frente la verdadera aureola que la embellece siempre: la dulce y gloriosa aureola del amor y del sacrificio.

I.

Para afirmar y demostrar que la mision providencial de la maternidad en la familia es el amor, nos bastaria con apelar al corazon de todas las madres. Pero hombres son en su mayor parte los que nos escuchan, y por lo mismo no será inútil que manifestemos á vuestra inteligencia y á vuestro corazon toda

la fuerza del amor maternal. Estudiemos el fondo de las cosas, sin temor alguno de perdernos en sus profundidades y de caer en lo incomprensible.

La palabra *madre* es la primera que pronuncia nuestro corazón, sin que háyamos aprendido á pronunciarla: en todos los idiomas expresa el primer latido de nuestro corazón. Los que se embelesan buscando los misterios de las lenguas humanas, ocultos en los pliegues de las palabras mas simples, se expresan en términos muy dulces, que no repetimos por no ser de nuestro asunto. La palabra *madre* va acompañada siempre de un perfume que llena de encanto nuestro corazón. El hombre puede hacerse sordo é insensible á todo; pero se conmoverá siempre al pronunciar estas dulces palabras: *¡madre mia!* De todo se olvidará el hombre, hasta del mismo Dios, mas nunca olvidará á su madre, cuya bella imágen estará siempre grabada en el fondo de su corazón, aun en medio de sus mayores extravíos. Cuando hace ya algunos años que la hemos perdido, y nuestra vida camina hácia el ocaso, sucede á menudo que, al meditar en nuestros pasados días, vemos como una vaga sombra elevarse á nuestros ojos, entre la cual aparece su dulce imágen, como embellecida por la distancia que la ha separado de nosotros; y bajo el encanto de un recuerdo siempre nuevo, exclamamos conmovidos: “*¡Oh madre mia! ¡Sí, tú eres mi madre!*” Porque el corazón humano al envejecer encuentra nueva vida; y nuestros recuerdos, ocultos en el fondo del alma, conservan un encanto que se prolonga y se multiplica todos los días.

¡De dónde nace el misterioso encanto que va unido

á este nombre? *¡Encanto indecible, que sobrevive á cuanto muere en el mundo, y será eterno entre los hombres!* Nace de que esta palabra es la natural expresión del primer sentimiento que nos conmueve: permitidme que pronuncie esta palabra, porque hablando de un asunto puramente humano, es imposible encontrar otra que manifieste todo lo que ella expresa de una manera tan pura y legítima; nace de esta cosa embalsamada que conocemos con el nombre de amor. La madre es en la tierra la mas bella personificación del amor; del amor que brilla en sus ojos y está depositado en el fondo de su corazón. El corazón maternal es el lugar donde vive el amor que forma, por decirlo así, el fondo de nuestra vida. Encerrado el niño, durante nueve meses, en las entrañas de su madre, duerme durante nueve meses en su corazón; se ha formado lentamente bajo la corriente vital que brotaba de él, con el amor y la sangre, como de un manantial vivificador; los latidos del corazón maternal son los que le han hecho sentir los primeros impulsos de su vida, que ha germinado bajo su calor y se ha animado con sus movimientos en el seno de la maternidad. Y cuando deja el niño el sueño fecundo del cual brota su vida; cuando la naturaleza, obedeciendo el mandato de Dios, ha roto el nudo que ligaba dos vidas en una, esos dos seres siguen unidos y mutuamente atraídos por un sentimiento que solo las madres saben comprender, y cuyo encanto sentimos sin conocerlo, cuando vemos á estos dos seres formando, como uno solo, en una unidad que está formada por dos vidas.

Quando una madre recibe por primera vez en sus

brazos el vástago salido de ella como un reflejo de su vida; cuando le contempla con ávida mirada, se extasía al ver su propia imágen, y su corazon se entrega todo entero á la dicha; entonces siente en todo su sér un sentimiento de atraccion que la lleva á ese niño que, aunque separado ya de ella, está unido á ella por unos lazos que nada en el mundo podrá romper; y algo hay en el fondo de su corazon que le dice que ese niño nacido de ella no podrá vivir sino de su amor y no podrá crecer sino bajo sus cuidados, así como vivió de la vida de su corazon y del movimiento de sus entrañas!

Entonces es cuando la madre ve con toda claridad la mision que le está confiada; ninguna sombra le oculta tan sagrada mision. El instinto le dice por qué guardó Dios en su corazon un tesoro tan grande de amor, y por qué depositó en él la Providencia un tesoro tan rico. Los sentimientos de su corazon, la debilidad de su hijo y el cariño que le profesa, le explican que su vida está hecha para amar. Como la savia se estiende del tronco á las ramas del árbol para brotar en flores y preparar el fruto, así comprende la madre, en el primer momento de su maternidad, que el amor debe brotar de su corazon para no dejar de amar jamas, para acabar de formar á ese sér encantador que será con el tiempo la mas bella flor de su vida y el mas sabroso fruto de su corazon. ¡Oh! esclama enajenada de placer, ¡cuánto amaré á mi hijo! Su razon le dice que debe amarle; su corazon se lo manda, y todo en ella le repite: “¡ámale siempre!” ¡Con razon ama tanto una madre á su hijo, en el cual siente su vida y su propio sér! Oh! preguntádselo á

vuestras madres; porque si bien en mi alma y en mi corazon siento todo lo que espresa este dulce misterio, soy incapaz de esplicarlo, porque me faltan espresiones para hacerlo como se debe. Tal vez os contentaréis, en vista de la dificultad que hallo para espresarme, con oirme esclamar con entusiasmo: ¡Oh madre mia!

Lo que constituye el encanto sin igual de esta palabra, es el amor que ella encierra. ¡Por qué tanto amor? ¡Cuál es la razon providencial de esta maravillosa creacion de Dios? Si me he detenido un momento contemplando esta maravilla, no ha sido llevado solo por el deseo de pintar este fenómeno de la vida, que es el mas encantador. Con algun fin fué depositado este amor en el corazon de nuestras madres; no se depositó en él solo para que permaneciera allí encerrado. Si la madre lleva en el corazon la necesidad de amar, que es su elemento de vida, es porque su vida debe desempeñar una mision sublime, fecunda y difícil de llenar, que no puede llevarse á cabo sino á fuerza de cariño; es la de consagrarse toda entera á sus hijos. La maternidad se revela á sí misma, más por sus propios dolores que por sus propios goces: y esa mezcla inefable de gozo y de dolor, del dolor que le causa la accion de ser madre, y del gozo que le produce la maternidad, hace que la madre comprenda á un tiempo mismo dos revelaciones que forman una sola; la revelacion de la ley de amor, y la de la ley del sacrificio. La madre siente que está llamada á sufrir, porque está tambien llamada á sacrificarse; y que se le ha concedido tanto amor precisamente á causa del sacrificio que se le ha impuesto.

Estas dos circunstancias son las que dan en la hu-

manidad una grandeza incomparable á la madre; la vocacion especial que tiene á consagrarse á su familia, es lo que la eleva y la hace mas digna; y como toda nobleza verdadera, tiene por ley el amor y el sacrificio por deber. El padre ha recibido la autoridad para ejercer el poder; la madre ha recibido el amor para ejercer el cariño. Consagrarse á los demas, es lo mas sublime y difícil de ejecutar en la tierra. No es este el lugar á propósito para explicar detenidamente toda la grandeza que se encierra en el amor; pero podemos asegurar que nada hay superior á él. Si estudiamos el entusiasmo que producen en nosotros las prendas morales de los hombres, nos convenceremos de que la que mas nos admira, es el espíritu de bondad y de amor. ¿De dónde nace si no la admiracion que nos causa y la estimacion que produce en nosotros todo acto de amor por los demas? Nace de que siendo el egoismo el sentimiento que está mas íntimamente unido con nosotros, el desprendimiento es lo que mas nos afecta, porque es lo que destruye radicalmente el egoismo, y siendo mas raro en el hombre, lo juzgamos mas heróico. Pues bien, la mujer, ó por mejor decir la madre, lleva en sí misma esta necesidad innata en ella, tan admirable y tan difícil de satisfacer; mas la madre tiene el instinto de ella, qué digo el instinto, siente una pasion por ella. Desde el momento en que falta en ella éste amor, su vida es una negacion de su propio elemento; no parece sino que sucumbe en el vacío, se vuelve egoista y camina hácia el desórden para caer en la esterilidad.

¿Mas dónde halla la mujer la fuerza suficiente para obedecer esa ley del amor sin la cual no puede vi-

vir? Ya os lo he dicho. Dios le ha dado el amor; el amor que produce todo lo grande y lo difícil, el amor que es la consagracion á un objeto. Dios ha hecho todas las cosas de una manera perfecta; y entre las maravillas que brotaron sus manos, el amor constituye lo mas armonioso del universo. Es el amor una cosa tan grande y poderosa que aligera todo peso y consuela en medio de las pesadumbres mas grandes: colocándose entre el hombre y los obstáculos, allana muchas veces lo que la naturaleza niega, y tiene el poder algunas veces de realizar como por encantamiento lo que tanto la razon como la naturaleza han hecho considerar imposible. El sabio halla el modo de abrir un profundo surco en el campo de la ciencia. ¿A quién lo debe? Al amor por la verdad. Para crear el artista una obra maestra se siente alentado para emprender un trabajo capaz de aniquilar las fuerzas de un hombre. ¿Por qué? Porque tiene el amor de lo bello y desea producir un ideal. El guerero siente en su corazon una inspiracion heroica que le coloca sobre nuestra humana debilidad; ¿por qué? Porque se siente inspirado por el amor patrio, por el amor de la gloria. Hasta en lo puramente animal produce el amor cosas maravillosas. Él es quien sujeta en su nido durante muchos dias al pájaro inquieto y volador; él es quien hace esclavo al mismo pájaro para que cuide á sus hijuelos hasta que puedan dejar el nido. Me basta con esto para sentar como principio general, que el amor sirve en la creacion para manifestaros el destino de la maternidad; que donde ha hecho nacer Dios un grande amor, ha impuesto grandes sacrificios.

Si la madre ha recibido el tesoro del amor porque ha heredado la vocacion al sacrificio, ¿de qué manera explicaremos esa vocacion natural en ella? ¿Qué le impone ese ministerio de consagracion al cual la ha destinado la Providencia al colocar en su corazon tanta fuerza de amor? ¿Pudierais acaso dudarle? La maternidad misma obra todo esto. La madre nace con la vocacion de sacrificarse por sus hijos, porque ella es en la familia la vocacion de la fecundidad; se consagra toda entera y acepta gustosa todo sufrimiento, porque debe ser fecunda y producir la vida.

Parece, si se medita ligeramente, que esta funcion de la vida multiplicándose por sí misma no deberia encerrar sino motivos de gozo, porque así como Dios siente una dicha indefinida al reproducir su imágen substancial, deberia encontrar la vida humana en la ley de su reproduccion un gozo lleno sin mezcla alguna de dolor. Tal vez así hubiera sucedido en el estado de inocencia, si la inocencia hubiese seguido reinando en la tierra; mas despues del pecado original mandó Dios que el nacimiento y la formacion de la vida fueran acompañados del dolor, sometiendo á la madre para siempre á la ley del sacrificio. Efectivamente, á causa del pecado, el sacrificio vino á ser en la humanidad la ley de la vida y de la fecundidad. Nada se produce en la tierra que sea grande, bello y poderoso, sin que el hombre se haya sometido á esta ley poderosa. Todo lo que brote de la humanidad sin haber costado un sacrificio, será mezquino é indigno de consideracion. El sacrificio resume toda la economía del cristianismo, toda la legislacion de la naturaleza humana y todas las armonías de la vida social.

Si en todas las cosas es el sacrificio una condicion para la fecundidad, fácil es conocer que en la familia es donde debe ser mayor. Segun la ley general que rige nuestra vida pecadora, los sacrificios guardan proporcion con las creaciones y estas con los sacrificios. Pues bien; si todo lo que existe en la tierra exige para existir, vivir y desarrollarse un sacrificio igual á sí mismo, claro está, refiriéndose al orden puramente humano, que nada exige un sacrificio mas grande que la funcion de producir y educar al hombre, precisamente porque es lo mas grande de la creacion. Una vez que ha sido formado y aparece tal como es, rey de la creacion en toda su grandeza, en toda su fuerza y en toda su belleza, lleva en estas tres cualidades el triple signo del amor que le ha dado la vida con sus dolores y le ha formado con sus sacrificios.

Dios quiso proclamar por sí mismo esta ley de la fecundidad humana. Cuando la naturaleza y el hombre se movian aún bajo el sacudimiento que produjo el pecado, dijo Dios al hombre: "Comerás el pan con el sudor de tu rostro; y á la mujer: Parirás con dolores, y multiplicaré tus padecimientos con tu fecundidad."

El pecado, pues, fué el que condenó por una parte al hombre al trabajo y por otra á la mujer al sufrimiento. Así como la tierra no será fecunda sino con el sudor del hombre, la vida humana no lo será sin el dolor de la mujer. Eva, la madre de todos los seres, se vió mas sometida que el hombre á la ley del sacrificio, porque ella es mas que el hombre el manantial vivo de la humanidad y la productora de la obra maestra de Dios al cual llamamos hombre.